

Comentario a esta conferencia

Juan Antonio Ridruejo.

La Conferencia del señor Valdecasas sobre el fenómeno urbano moderno ha sido para nosotros una experiencia aleccionadora y refrescante. Agradecemos desde estas páginas la oportunidad que se nos ofrece a los profesionales del ramo—de ordinario encerrados en nuestro círculo estrecho y nuestra jerga pobre—de aprender en el diálogo con el mundo de las letras. Sobre todo cuando éste nos ofrece la dimensión y el talento de un hombre como el señor Valdecasas.

Intervenciones como ésta, tan llena de generoso inconformismo y amplia visión humanística, son absolutamente necesarias en los momentos que ahora atraviesa el urbanismo nacional. La mente literaria siempre ha sabido ver facetas y encontrar caminos que al técnico se le escapan. Las ciudades de la Revolución Industrial escucharon las protestas de Dickens; el incipiente metropolitanismo continental pasó por el desprecio amoroso de Zola y Víctor Hugo, y por los augurios sombríos de Oswald Spengler; el incierto caos americano convive a duras penas con la claridad de Oscar Handlin, la elegancia de Mumford o Whyte, y el valor reformista de Jane Jacobs. La intervención del señor Valdecasas cae, pues, dentro de una larga y genuina tradición literaria cuyo valor positivo, insistimos, estriba en que invita al diálogo interdisciplinario.

* * *

Queremos salir primero en defensa de la retícula. El señor Valdecasas acusa a "la falsa y nueva racionalidad del cuadriculado" de ser el origen de una buena parte de los males urbanísticos actuales. Pues bien, el cuadriculado (un orden físico impuesto por decisión central) ni es nuevo ni pretende ser más racional que ningún otro orden físico, por lo que no se le debe acusar de falsedad.

El cuadriculado, o la retícula, tiene por lo menos cinco mil años de vigencia. Cuadriculados fueron los pueblos obreros egipcios y muchas ciudades precolombianas; las ciudades griegas, desde el Mileto de Hippódamo; los campamentos y ciudades romanas, y todo lo que se construyó posteriormente sobre sus trazados; las ciudades medievales cristianas, desde las "bastidas"; las hispanoamericanas, las barrocas y las decimonónicas, éstas con mayores o menores variaciones. El siglo XX, por el contrario, ofrece escasos trazados reticulares, que en su mayor parte pueden reducirse al concepto Ville Radieuse. Y éste, a su vez, es decimonónico por lo reticulado; lo mis-

mo podría decirse de otras cuadrículas como la Cité Industrielle de Garnier. El siglo XX es el de las ciudades lineales, las ciudades de trazado libre, y las ciudades informes; tan característicamente como el Renacimiento fué el de las ciudades centralizadas.

Por lo que se refiere a "la falsa racionalidad del cuadriculado", es difícil entender en qué sentido la retícula pretende ser racional y en qué sentido esta racionalidad pueda parecer falsa. Desde nuestro puramente técnico punto de vista, la retícula es racional en cuanto que ofrece una economía muy sutil, y a veces muy útil: la retícula minimiza la necesidad de decisiones individuales, al sustituirlas por una decisión central, si bien rudimentaria. La ciudad musulmana, que admiramos, es en efecto la antítesis de la retícula, puesto que elimina las decisiones centrales. En ella, el orden jurídico-administrativo está sustituido por el socio-cultural; y las decisiones individuales pueden ser tan racionales como las administrativas.

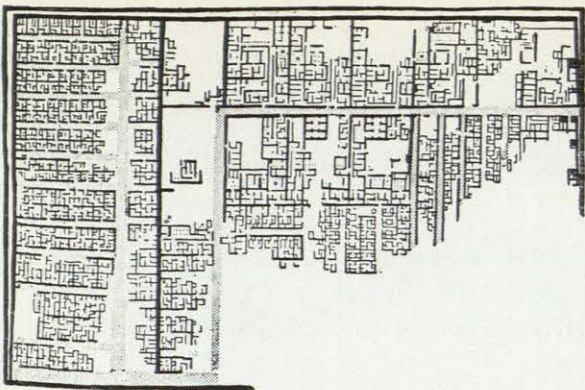
Pero de esta antítesis no pueden inducirse conclusiones sobre la mayor habitabilidad de una u otra. Alepo está trazada sobre un cardo y un decumanus, y sus zocos son totalmente cartesianos. Sin embargo, creemos que es tan islámicamente habitable como Fez, que es "orgánica". Frank Lloyd Wright, tal vez el inventor del término "orgánico", aplicado al urbanismo, se atuvo a la retícula en Broadacres, que resulta más espaciosa, rural y anti-industrial que ninguna otra ciudad diseñada en el presente siglo. De donde deducimos que el agobio de algunos nuevos barrios madrileños no se debe a su cuadriculación.

Tal vez la falsa racionalidad de la retícula se deba a que "ni sigue curvas de nivel ni agrupa topográficamente". Cierto, si el terreno no es sensiblemente plano. Pero de aquí tampoco se desprende que la retícula esté inherentemente incapacitada para obtener efectos topográfico-escultóricos. El impacto visual de San Francisco es por lo menos tan interesante, y desde luego más dramático que, por ejemplo, el de Weisenhoff. Y ahí está Machu-Pichu.

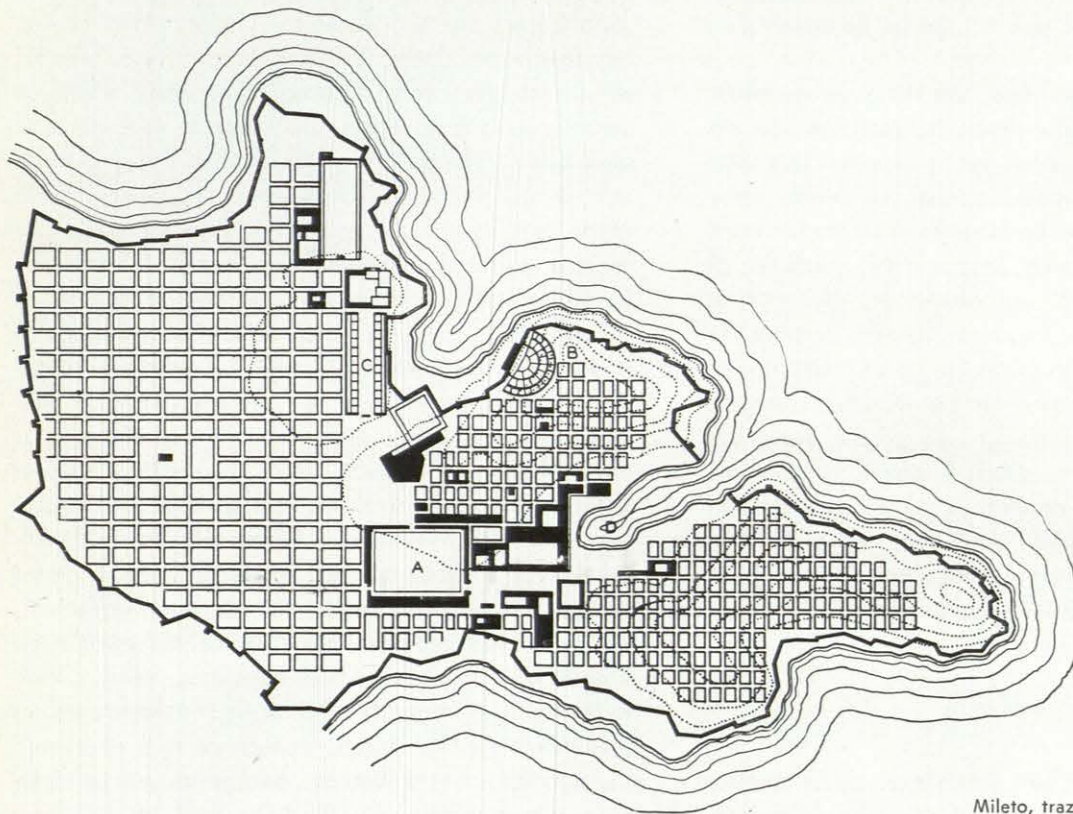
* * *

"El fin de siglo europeo fué, además, de un pésimo gusto arquitectónico. Sin afán genuino de creación artística, no supo responder por lo pronto al reto de los nuevos materiales el hierro, el cemento, etcétera."

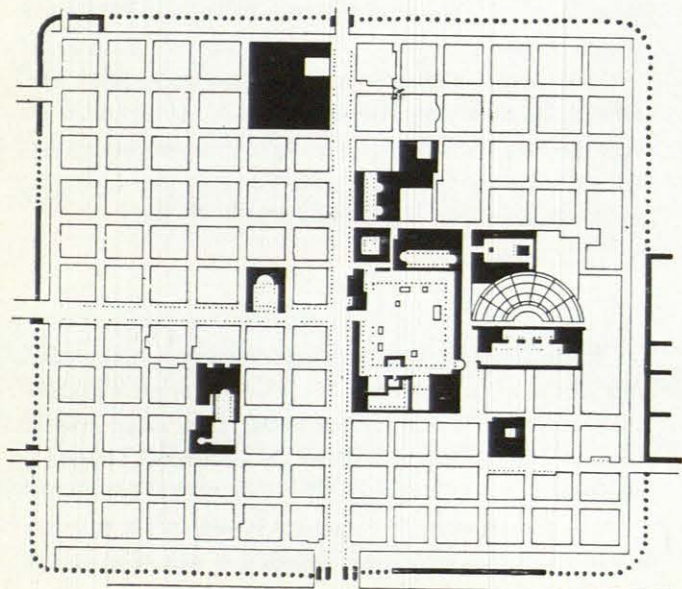
No cometeremos la ligereza de rebatir la primera parte de este argumento, aunque a nosotros pueda



Kahun. 3.000 años a. J. C.



Mileto, trazado por Hipódamo.



Campamento romano de Timgad.

gustarnos la obra de los que a continuación se citan. Pero al ataque a la capacidad resolutive y creadora de los maestros del fin de siglo nos parece injusto a todas luces. Tal vez estos hombres no supieran encontrar, por lo pronto, formas enteramente nuevas para técnicas y materiales recién nacidos; tal vez el Crystal Palace recuerde a una basílica, la Bolsa de Amsterdam tenga aspecto románico, o la Bibliothèque Nationale se parezca a San Marcos de Venecia. Pero San Marcos de Venecia puede parecerse a Santa Sofía y Santa Sofía a la basílica de Majencio o los baños de Caracalla. Del mismo modo que Buckminster Fuller acusa de retrógos y faltos de imaginación a los maestros de hoy. Este es un fenómeno recurrente en la historia de la arquitectura.

Pero lo que es cierto es que los arquitectos de fin de siglo experimentaron con los nuevos materiales, haciendo gala de valentía heroica, y alcanzando unos éxitos sobre los que hoy construyen los de este siglo.

Labrouste, Víctor Horta, Berlage, Otto Wagner, Hennebique, Baudot, Eiffel, pertenecen todos al fin de siglo; Perret y Garnier a la primera década del siglo XX. Estos hombres ensayaron y a veces incluso inventaron, soluciones que son básicas a la arquitectura de hoy: las estructuras metálicas y de hormigón armado, los muros-cortina, las plantas flexibles y diáfanos, la prefabricación a escala comercial. Utilizando los nuevos materiales con sinceridad hasta entonces inédita, estos maestros iniciaron un proceso que para Giedion es la "moralidad" en la arquitectura", y para Banham, "una nueva estética para la nueva edad maquinista".

* * *

Comentando la enorme magnitud de las ciudades de hoy, el señor Valdecasas dice: "Se pregunta uno entonces si podemos manejar un mismo concepto para aplicarlo indiscriminadamente a la forma de convivencia en la que todavía estamos la mayoría de nosotros y a esas formas de aglomeración a las que estoy aludiendo."

No; ni podemos ni debemos, ni de hecho manejamos el mismo concepto para estas dos formas de comunidad. Estamos de acuerdo con la negativa implícita en la pregunta del señor Valdecasas; pero no creemos que exista una correlación, o al menos una correlación inversa, entre el tamaño de una ciudad y su grado de habitabilidad, su posibilidad de convivencia, o su facilidad de comunicación. La sociología moderna ha desarrollado conceptos distintos para la comunidad metropolitana, bien distintos de los medievales. Del mismo modo que los han desarrollado también los economistas, los políticos y los ingenieros.

La comunidad metropolitana no es focal ni nuclea-

da, sino una estructura afocal en constante flujo y proceso. Si hoy no tenemos una plaza Mayor es, como bien dice el señor Valdecasas, porque para nada nos sirve; de nada nos sirve un entorno físico que no corresponde con los esquemas de comunicación de la sociedad que lo ha de habitar. La comunidad metropolitana es como una matriz (en el sentido matemático de la palabra), o, en la terminología de Norton Long, "una ecología de juegos" especializados. Cada sector de la población participa en un juego, pero no en todos. Dentro de cada juego existen entornos físicos y sociales, habituales a cada actor (el "Gemeinschaft", de Tönnies), donde el tipo de convivencia es de esa forma "en la que todavía estamos la mayoría de nosotros"; donde los contactos cara a cara tienen significado importante; donde, en suma, una plaza Mayor todavía tiene sentido y de hecho suele existir con presencia física. Pero puesto que nuestras funciones sociales (nuestros "juegos") se han especializado, utilizamos distintos entornos físicos para distintos juegos, y estos entornos no tienen por qué intersectar en un solo punto.

Creemos que la especialización y la diversificación social son función directa del tamaño de la comunidad (de su energía también), y son producto de la competencia y las economías de escala. En una gran ciudad los contactos selectivos son posibles, precisamente porque la comunidad es grande. Una ciudad de menos de 2.000.000 (dos millones) de habitantes no puede ofrecer un teatro de ópera que valga la pena, ni otros muchos servicios igualmente interesantes y deseables. Una ciudad de 5.000 (cinco mil) habitantes tiene por fuerza que ser, o bien pobre (en todos los aspectos), o bien parasítica. Oxford, comunidad especializada en un juego de los más interesantes, es más aburrida que Columbia, porque en Columbia se puede participar en los infinitos juegos que ofrece la magnitud de Nueva York.

El problema que se presenta en la gran comunidad metropolitana, pluralista y especializada, es un problema de accesibilidad. No basta con anatematizar al automóvil, eliminándolo de las calles para devolverle la ciudad al peatón. Se trata de facilitar la comunicación, no de impedirla; se trata de multiplicar nuestro control sobre el mundo físico, ideando nuevas soluciones, y no se trata de renunciar al que ya hemos conseguido, volviendo al mundo físico del pasado.

* * *

Se dice a menudo que en la ciudad moderna no hay sitio para los poetas. El señor Valdecasas sugiere, si le interpretamos bien, que de los ruidos y de las luces excesivas de la ciudad de hoy no surgirá poesía como la de Ganivet. No nos atreveremos a cuestionar semejante argumento, sin duda muy



Urbanización de la ciudad
de Alger. Le Corbusier. 1936.

fuera de nuestra competencia profesional. De ese ruido y de esas luces, sin embargo, ha surgido el movimiento futurista; "un automóvil rugiente, tableteando como una ametralladora, es más bello que la alada Victoria de Samotracia", escribió Marinetti, el entusiasta del desorden visual, las masas, la democracia, las uniones laborales, la utilidad y la tecnología. De ese ruido y esas luces ha surgido el arte de Boccioni, y Carra, y Delauney, y la arquitectura de Sant'Elia. "Los ojos de un muerto me han saludado", escribe Ezra Pound desde un ómnibus en Londres. En Londres, donde para T. S. Eliot "la tarde invernal cae con olor de filetes en las callejas".

Una de las mejores obras del reposado Piet Mondrian es quizá su *Broadway boogie-woogie*; la magnífica grandeza nocturna de Broadway estriba pre-

cisamente en que el desorden y la estridencia no tienen brida.

La poesía de Manhattan no es quizá la de Ganimet, pero sí la de Walt Whitman, que amó a la ciudad "del rostro soberbio", la "ciudad de los barcos negros, de los barcos fieros"; "la ciudad orgullosa y apasionada, ciudad ardiente, loca y extravagante". Y nuestro García Lorca, granadino, amó también la aurora en Nueva York, "por las inmensas escaleras, buscando entre las aristas nardos de angustia dibujada".

No digamos, pues, que en la ciudad moderna no hay sitio para los poetas. Ni intentemos aplicar la vieja estética a las experiencias de hoy y de mañana. Hablemos más bien una estética nueva para este nuevo fenómeno humano.